

¿ES EL CADÁVER LA RAZÓN DE SER DE LA TUMBA?
CONSIDERACIONES EN TORNO A LA ARQUEOLOGÍA
FUNERARIA: EL CASO DE SAN NICOLÁS
DE AYOTLA, OAXACA

Víctor Ortega León

Dirección de Salvamento Arqueológico, Instituto Nacional de Antropología e Historia

RESUMEN

El enfoque tradicionalmente osteológico que se aplica a los contextos mortuorios sobrevalúa, muchas veces, la importancia del individuo inhumado y minimiza la de otros aspectos menos “biológicos” que, no obstante, completan el rompecabezas funerario en el cual se encuentra inmerso el cadáver y sin cuyo concurso toda interpretación resulta parcial.

El cadáver no es el único motivo por el cual existen los contextos funerarios: razones de orden económico e ideológico pueden ser descubiertas si se analiza el fenómeno “muerte” más allá de las características anatómicas del esqueleto. El caso del ex ingenio azucarero de San Nicolás de Ayotla, Oaxaca, que es motivo actualmente de un proyecto de investigación financiado por CONACYT, clave 30891-H, permite al autor discutir algunos de los conceptos en los que se apoya la arqueología funeraria.

PALABRAS CLAVE: arqueología funeraria, San Nicolás de Ayotla, muerte, cadáver.

ABSTRACT

The traditionally osteological focus that is apply to the mortuary context maximize, several times, the importance of the inhumated body and minimize that of other aspects less “biological” that, nevertheless, complete the funerary puzzle in wich the corps is immersed and, without which, all interpretations becomes partial.

The body is not the unique reason for the funerary context to exist: movings of economic and ideological order can be discovered if the "death" phenomenon is analized beyond the anatomical characteristics of the skeleton. The ex-sugar mill of San Nicolás de Ayotla, Oaxaca, case allow the author of this paper to discusse about some of the concepts in wich the funerary archaeology rest.

KEY WORDS: funerary archaeology, San Nicolas de Ayotla Oaxaca, death, corps.

PLANTEAMIENTOS

En San Nicolás de Ayotla, Oaxaca, se buscan los vestigios funerarios de una población de esclavos negros, procedentes de África, que servían como mano de obra para un ingenio azucarero jesuita durante los siglos XVII y XVIII.

La localización de un "cementerio de esclavos" ha resultado más difícil de lo que en un principio se había pensado. Hasta el momento, se tienen elementos ambiguos como para apoyar alguna hipótesis, ya sea en pro o en contra, sobre la existencia real del cementerio.

En este punto es donde las opciones de explicación se multiplican y donde se tambalea nuestra visión sobre la relación que existe entre el cadáver, el muerto, la tumba y el contexto funerario.

La primera de las explicaciones es, por supuesto, que no se haya localizado todavía el lugar preciso donde se encuentra el cementerio de los esclavos. La segunda explicación, también evidente, es que no exista un cementerio de esclavos como tal y que sus cadáveres hubieran sido integrados a otro cementerio o cementerios ya existentes en la región.

La tradición local asegura que los esclavos negros están enterrados en el área extramuros del cementerio abandonado de San Nicolás Ayotla, pero dos temporadas de excavación en el lugar hasta ahora no lo confirman. Se han recuperado los restos óseos de adultos e infantes, masculinos y femeninos, cuyos decesos acaecieron entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX; ninguno presenta rasgos de posible herencia negroide, lo cual no respalda la tesis documental de la presencia, en algún momento histórico, de individuos de origen africano; tesis, por lo demás, apoyada etnográficamente.

ficamente por la presencia, en los pueblos cercanos, de individuos con rasgos fenotípicos negroides en una región cuya población indígena secular es indiscutible.

Entonces, ¿dónde están los restos de los esclavos negros? Consideremos algunos de los aspectos funerarios del cementerio abandonado donde se han realizado las excavaciones:

a) Casi la totalidad de los entierros localizados se encontraron en áreas no señaladas en superficie con tumbas o algún otro monumento funerario.

b) Todas las fosas excavadas presentaron reocupación en distintos grados y de diversas formas, lo que provocó que en algunos casos los individuos más recientes fueran los que se encontraban en los niveles más profundos. La presencia de esqueletos en posición no anatómica dispuestos sobre individuos en entierro primario evidenció la exhumación y posterior reinhumación de los primeros, resultando así que los individuos más tardíos se encontraban en el nivel de los estratos más tempranos aunque, por supuesto, dentro de la matriz del estrato intruyente. Estas prácticas afectaron de tal manera los entierros que en dos ocasiones sólo fue posible recuperar la mitad superior del esqueleto por ser la única que se encontraba presente.

c) Los escasos elementos no osteológicos de los entierros no permiten reconocer, debido a su variedad, ningún patrón mortuario; más bien parecen indicar una diversidad de prácticas funerarias difícil de clasificar hasta el momento y que podría ser producto no de un sincretismo ideológico sino de la coexistencia no integrada de una variedad todavía indeterminada de prácticas funerarias.

Dada la presencia diferencial de elementos culturales asociados, como ajuares funerarios, ataúdes y ofrendas; y en vista de los distintos grados de conservación de los restos óseos, no siempre correlacionables con los elementos culturales, es posible considerar que no existe necesariamente una relación directa entre la investidura funeraria, las condiciones de salud y/o de nutrición observables en los restos óseos, el estatus social y la filiación étnica o racial de los individuos inhumados.

Estos tres aspectos, la clandestinidad, la reocupación de fosas y la diversidad de elementos asociados, nos han llevado a preguntarnos si el bagaje cultural que trajeron los esclavos negros desde África, al menos en lo que a prácticas funerarias se refiere, se conservó a pesar de

la interacción con las dos ideologías dominantes: la indígena y la europea.

Las concepciones indígena, cristiana y africana de la muerte no podían ser más distintas y, en consecuencia, sus prácticas funerarias tuvieron que haber pasado por una etapa de “integración” para poder convivir en el mismo espacio; etapa que nunca llegó al sincretismo: debajo del manto ideológico cristiano sobrevivieron muchos aspectos de la cultura indígena y, suponemos, también de la africana.

Entonces, surge inevitablemente una pregunta, ¿fueron los cadáveres de los esclavos negros africanos enterrados conforme a su cultura funeraria o se encuentran “disfrazados” de muertos indígenas y/o cristianos? Aquí es donde topamos con estos dos términos, “cadáver” y “muerto”, que parecen sinónimos, pero no lo son: ambos son aspectos paralelos del fenómeno “muerte” y consecuencia directa del hecho de morir; sin embargo, el cadáver es un ente biológico, el muerto, un ente sociocultural. La diferencia entre cadáver y muerto se pone de manifiesto en el momento de morir: el cadáver se hace presente, es el muerto el que hace falta. ¿Cuál es entonces la función de la tumba, ocultar el cadáver o evidenciar al muerto? Ambas cosas tal vez, aunque nos inclinamos a pensar que dada la cualidad evidente de las construcciones funerarias, cumplen más la segunda función que la primera.

¿Acaso la tumba es una manera de invertir las circunstancias? Al morir el individuo deja tras de sí la presencia de un cadáver y la ausencia de un muerto; al ocultar el cadáver bajo la tumba que evidencia al muerto, ¿no se apuesta por ausentar al cadáver y hacer presente al muerto?

La literatura referente a contextos funerarios adolece de una terminología inequívoca y de una construcción teórica sólida que permita, en primer lugar, diferenciar con exactitud los distintos componentes del universo mortuorio y, en segundo, caracterizar cada uno de ellos con conceptos explicativos universales que confieran orden a una tradición de descripciones ambiguas que llenan las páginas de los textos sobre el tema. Palabras como “cadáver” y “muerto”, a las que se ha hecho alusión arriba, no sólo continúan siendo tomadas como sinónimos sino que, además, se homologan a otras como “entierro”, “tumba” y “sepultura”, aun cuando algunos autores han llamado la atención sobre uno u otro aspecto del problema (*cf.* Thomas, 1993; Duday, 1997; Ubelaker, 1991).

Es necesario precisar estas definiciones para comenzar a plantear correctamente las preguntas a las que se hace referencia en este trabajo. Por ello, en el proyecto "Ayotla..." hemos intentado establecer una terminología preliminar de trabajo. En principio, ha de determinarse, en lo posible, de qué tipo de cementerio se trata: rural o urbano; cerrado, abierto o mixto; abandonado o en uso; en el exterior o en el interior de un asentamiento; público o privado; seccionado o indiviso. Cada una de estas condiciones permite procesos distintos de afectación-conservación, además de proporcionar información cultural de diferentes niveles.

En el contexto funerario se debe registrar el tipo arquitectónico del inmueble, si es que lo hay, así como el de las tumbas; el número de tumbas; los materiales de construcción; el grado de conservación; la orientación de las tumbas; su disposición espacial; la presencia de inscripciones; y en lo posible las fechas, los mensajes, los nombres, las edades, los sexos, los parentescos, la clase social, la filiación étnica, racial y religiosa. Estas características afectan de manera diferencial no sólo el cementerio sino también la tumba.

En el siguiente nivel de análisis se anotarán las características propias del entierro: orientación; si es primario o secundario, con la discusión que estos términos involucran; si es directo o indirecto; superficial o profundo; austero o con elementos asociados; individual o múltiple; relacionado con una tumba suprayacente o no.

En el nivel más singular, se registrarán las características propias de cada individuo: edad, sexo, posición, patologías, estatura, masa corporal, estado de conservación e inventario de los elementos encontrados.

Todos los niveles mencionados suponen grados y procesos de conservación distintos, razón por la cual la definición y el análisis de cada uno de ellos es de suma importancia para una primera interpretación integral del contexto funerario; además, el registro detallado y fiel de todos los elementos aludidos permite siempre una reinterpretación con fundamentos.

Las siguientes son algunas de las definiciones que han sido propuestas, a raíz de las dificultades del proyecto mencionado, para el estudio de los contextos funerarios:

Proceso funerario

Se entiende aquí el conjunto de prácticas culturales que, tras un evento fúnebre, se llevan a cabo en torno a los restos mortuorios. Dichas prácticas pueden dividirse para su estudio en tres fases: la primera, o presepultural, donde se realiza el tratamiento preparatorio tanto del cadáver como del lugar en el que será depositado; la segunda, o sepultural, donde se lleva a efecto el acto de sepultar el cadáver, y la tercera, o postsepultural, donde tienen lugar prácticas diversas y no necesariamente contemporáneas como son los rituales de duelo y la reapertura de fosas, entre otros (Ortega, en prensa).

Contexto funerario

A diferencia del proceso homónimo, el contexto funerario implica no únicamente las prácticas culturales sino además los procesos naturales. Aunque es resultado directo del proceso mortuario, el contexto es también el escenario en el que éste se ha llevado a cabo; en otras palabras, un contexto natural en el que ha ocurrido un proceso funerario se convierte por este hecho en un contexto funerario; sin embargo, no deja de participar de los procesos naturales que lo han conformado.

Por otro lado, en el contexto funerario ya no son visibles los procesos mortuorios que lo formaron y, en consecuencia, han de ser inferidos para su estudio a partir de los componentes del contexto, mismo que a su vez participa, desde el momento de su formación, en otros procesos cuya dinámica dificulta muchas veces el reconocimiento de los primeros. Los componentes del contexto funerario por su cantidad, y por haber sido tratados en otro trabajo, no se describen aquí, pero se remite al lector a la bibliografía correspondiente (Ortega, en prensa).

Tumba

La tumba es una marca. Puede ser vista como un artilugio para ocultar el cadáver y hacer visible al muerto, como se ha apuntado antes,

o por el contrario, para hacer visibles a ambos y demarcar las áreas que deben evitarse por temor a la contaminación de la muerte (*cfr.* Thomas, 1993). En todo caso, la tumba es una obra representativa de la sociedad de la que es producto, ya que forma parte de la ideología y la economía funerarias (McGuire, 1988).

Entierro

El entierro es, por decirlo de algún modo, el “paquete mortuario”, es decir, el (los) difunto(s) y los objetos depositados *ex profeso* junto al(los) mismo(s) como pueden ser ofrendas, alimentos, artículos personales, etcétera. Dichos objetos están relacionados más con el muerto que con el cadáver y son de gran importancia en la interpretación del contexto funerario. De hecho, los objetos asociados caracterizan culturalmente al entierro y por esto pueden ser motivo de debate.

Ahora, regresando a nuestro problema inicial: en el caso de San Nicolás de Ayotla ¿No se habrá intentado ocultar el cadáver del esclavo bantú haciendo presente al muerto cristiano?, ¿no serán las tumbas marcas equívocas en la medida en que no simbolizan lo que guardan? Sólo el estudio arqueológico sistemático de los cementerios cristianos del municipio de Teotitlán del Camino podrá aportar alguna luz a la enigmática ausencia de restos óseos de filiación negroide en San Nicolás de Ayotla abandonado.

REFERENCIAS

DUDAY, HENRI

- 1997 Antropología biológica “de campo”, tafonomía y arqueología de la muerte, Elsa Malvido, Gregory Pereira y Vera Tiesler (coords.), *El cuerpo humano y su tratamiento mortuario*, Col. científica 344, INAH, México: 91-126.

MCGUIRE, RANDALL H.

- 1988 Dialogues with the dead: ideology and the cemetery, Mark P. Leone & Parker B. Potter, Jr. (eds.), *The recovery of meaning: historical archaeology in the United States*, Smithsonian Institution Press, Washington and London, Cap. 14: 435-480.

MCGUIRE, RANDALL H. & ROBERT PAYNTER (EDS.)

1991 *The archaeology of inequality*, Basil Blackwell, Oxford.

NAWROCKI, STEPHEN P.

1995 Taphonomic processes in historic cemeteries, Anne L. Grauer (ed.), *Bodies of evidence: reconstructing history through skeletal analysis*, Wiley-Liss, New York: 49-66.

ORTEGA LEÓN, VÍCTOR

en prensa Contextos funerarios: algunos aspectos metodológicos para su estudio, Carlos Serrano y Alejandro Terrazas (coords.), *Tafonomía, medio ambiente y cultura: aportaciones a la antropología de la muerte*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

THOMAS, LOUIS-VINCENT

1993 *Antropología de la muerte*, Fondo de Cultura Económica, México.

1999 *La muerte*, Ed. Altaya, España.

UBELAKER, DOUGLAS H.

1991 *Human skeletal remains: excavation, analysis, interpretation*, Smithsonian Institution Press, Taraxacum, Manuals of Archaeology, 2, Washington.